

## SEGUNDA PARTE: LA LUCHA POR LA VIDA

### Capítulo IV: Místicos y predicadores

Las relaciones entre ética y vida humana no sólo están presentes en la obra de los grandes teólogos. Prueba de ello es que los místicos y predicadores de esta época ofrecen en sus escritos abundantes referencias y, en muchos casos, indicaciones explícitas sobre la actitud y la conducta moral que se debe adoptar ante la vida física. Dada la finalidad del presente trabajo, resulta imposible hacer un estudio pormenorizado de todos ellos. A título de ejemplo, y como muestra de lo que podría ser una investigación monográfica, vamos a estudiar los escritos de san Francisco de Asís, algunas obras de santa Catalina de Siena y los sermones de san Vicente Ferrer.

#### 1. SAN FRANCISCO DE ASÍS (1181-1226)

En otros lugares de este trabajo ya se ha indicado la contribución de san Francisco a la ética de la vida. Desde esa perspectiva, conviene ahora detenerse en el núcleo vertebrador de sus escritos<sup>1</sup>, que sin duda podrá ser compartido por muchos lectores.

El encuentro con la figura y la obra<sup>2</sup> del santo de Asís produce siempre una fuerte conmoción, porque uno se ve ante lo más exigente y radical y, al mismo tiempo, ante lo más excelso y hermoso. Carecía de estudios superiores, como hoy solemos decir, pero disponía de una mirada tan profunda para ver la realidad de las cosas e interpretar los acontecimientos que, sin haber ejercido ninguna cátedra universitaria, se convirtió en uno de los mejores teólogos de la historia. Tampoco elaboró programas reivindicativos, ni promovió revueltas sociales. Simplemente, se dedicó a vivir el Evangelio en el seno de la Iglesia, pero con esta sola pretensión tiró por tierra las bases del feudalismo. La densidad de su vida y el contagio de su mensaje han dejado sus huellas siempre entre nosotros.

##### 1.1. El lugar del ser humano en la creación

Los escritos de san Francisco no se pueden leer al margen o a distancia de su experiencia personal. Las breves páginas que los componen son, ante todo, testigos de lo que significó el paso de Dios por su vida, así como de la intensidad con que vivió el acontecimiento evangélico y la entrega total al seguimiento de Cristo. Ahí es donde buscaremos el sentido y las implicaciones de su antropología.

---

<sup>1</sup> *Escritos. Biografías. Documentos de la época*, edición de J. A. Guerra, Madrid, 1993.

<sup>2</sup> Véase, por ejemplo, J. DE SARASOLA, *San Francisco de Asís*, Madrid, 1960; P. SABATIER, *Francisco de Asís*, Barcelona, 1982; L. BOFF, *San Francisco de Asís. Ternura y vigor*, Santander, 1982; J. GARRIDO, *La forma de vida franciscana ayer y hoy*, Madrid, 1985; C. DÍAZ, *Ecología y pobreza en Francisco de Asís*, Madrid, 1986; AA.VV., "Francisco de Asís hoy", *Concilium* 169 (1981).

### 1.1.1. A “imagen” de Dios y de su Hijo

En continuidad con la mejor tradición cristiana, Francisco tiene una idea positiva del ser humano basada en la dependencia y relación con Dios: tanto es el hombre cuanto es ante Dios, pues, según sus propias palabras, «dichoso el siervo que no se tiene por mejor cuando es engrandecido y enaltecido por los hombres..., porque cuanto es el hombre ante Dios, tanto es y no más» (*Admoniciones*, 19, 1-1). La «grande excelencia» que cualifica al ser humano proviene de haber sido creado y formado por Dios «a imagen de su querido Hijo según el cuerpo y a su semejanza según el espíritu» (*Admoniciones*, 5, 1-2; *Regla1*, XXIII, 1-2). Hasta tal punto llega la comprensión teológica del hombre que, cuando el espíritu del Señor se posa sobre él convirtiéndolo en su «habitación y morada» (y cita a Is.11, 2 y Jn.14, 23), no queda otra manera mejor de expresarlo que utilizando palabras de la más pura reciprocidad: «Somos esposos, hermanos y madres de nuestro Señor Jesucristo» (*Carta a todos los fieles1*, 7-10. 48-53):

«Somos esposos cuando el alma fiel se une, por el Espíritu Santo, a Jesucristo. Le somos hermanos cuando cumplimos la voluntad del Padre, que está en el cielo. Madres, cuando lo llevamos en el corazón y en nuestro cuerpo por el amor y por una conciencia pura y sincera, y lo damos a luz por las obras santas, que deben ser luz para ejemplo de otros».

También se hace eco de la terminología sobre el alma y el cuerpo, aunque sin entrar en disquisiciones académicas. Destaca, en primer lugar, el significado “relacional” de todo el ser humano con Dios: «nos da a nosotros todo el cuerpo, toda el alma y toda la vida... nos creó, nos redimió y por su sola misericordia nos salvará... nos ha hecho y hace todo bien en nosotros» (*Regla1*, XXIII, 8). Así pues, todo lo que el hombre tiene lo ha recibido como don. Todo lo que es, lo es desde Dios. Pero, en cualquier caso, hay que amar más el alma que el cuerpo (*Ibid.* X, 4).

El cuerpo era para Francisco «templo del Espíritu Santo» (*Regla1*, XII, 6), «madre» de Jesucristo y de las buenas obras, como ya se dijo antes, y beneficiario de todo el bien que Dios ha hecho al hombre. Lo llamaba también «hermano cuerpo», le pedía perdón por el maltrato que le dispensaba y lo aceptaba en su desnudez sin ninguna clase de rubor: «Alégrate, hermano cuerpo, y perdóname, que ya desde ahora condesciendo con buena gana al detalle de tus deseos y me apresuro a atender placentero tus quejas»<sup>3</sup>. Llegó incluso a desvestirse por completo ante el obispo de su ciudad, como se dice en una de sus biografías<sup>4</sup>, para demostrarle la radicalidad de su pobreza. De ese modo ponía de relieve su idea del hombre como un ser que había vuelto a encontrar el estado de inocencia original y la integración armónica con la naturaleza: «por la reconciliación universal con cada una de las criaturas, lo retornaba al estado de inocencia»<sup>5</sup>.

<sup>3</sup> CELANO, *Vida segunda*, 129 y 211.

<sup>4</sup> SAN BUENAVENTURA, *Leyenda mayor*, II, 4. Se decía también que una vez había predicado desnudo junto a uno de sus frailes en una iglesia de Asís y que, en otra ocasión, llegó a convertir a una mujer, deseosa de acostarse con él, desnudándose ante ella por completo y colocándose junto a un fuego sin resultar quemado (*Floreillas*, XXX y XXIV).

<sup>5</sup> SAN BUENAVENTURA, *Leyenda mayor*, VIII, 1.

No obstante, la mentalidad de la época pudo haberle influenciado a la hora de llamar a su cuerpo «hermano asno» al que consideraba necesario «someterlo a cargas pesadas, castigarlo con frecuentes azotes y alimentarlo con vil pienso»<sup>6</sup>. Esta depreciación de lo corporal, como objeto de sospecha o de recelo, se observa cuando lo califica con términos despectivos: la «carne» debe ser «mortificada y despreciada, tenida por vil y abyecta (*Regla1*, XVII, 15) ... odiemos el cuerpo con sus vicios y pecados, porque el diablo quiere que vivamos carnalmente (*Ibid.* XXII, 5) ... hagamos de nuestros cuerpos objeto de oprobio y desprecio» (*Carta a todos los fieles2*, 46). En definitiva, el cuerpo es «el enemigo» mediante el que se cometen pecados (*Admoniciones*, 10, 2). Ese tono pesimista y rigorista, puesto sin duda alguna al servicio de su elevado ideal cristiano, choca de lleno con la otra vertiente de Francisco como excelente trovador de la vida universal.

### 1.1.2. “Hermano” de las criaturas

Centrado exclusivamente en lo que era para él lo único decisivo, el Evangelio, Francisco estaba convencido de que el camino de la vida no se podía recorrer en solitario, sino en íntima simpatía con todas las criaturas, puesto que, junto al hombre, «todas las cosas espirituales y corporales» han sido hechas también a «imagen» de Dios (*Regla1*, XXIII, 1). Los relatos más antiguos insisten reiteradamente en la entrañable unión que establecía con todas las cosas y en el tierno afecto de devoción que lo arrastraba hacia ellas con un amor singular, hasta el punto de que «a todas las criaturas las llamaba hermanas»<sup>7</sup>. Los siguientes textos muestran su interés y compromiso por todo lo vivo<sup>8</sup>:

«En una obra cualquiera canta al Artífice de todas; cuanto descubre en las hechuras, lo refiere al Hacedor. Se goza en todas las obras de las manos del Señor, y a través de tantos espectáculos de encanto intuye la razón y la causa que les da vida. Por las huellas impresas en las cosas sigue dondequiera al Amado, hace con todas ellas una escala por la que sube hasta el trono...

«Abraza todas las cosas con indecible afectuosa devoción y les habla del Señor y las exhorta a alabarlo. Deja que los candiles, las lámparas y las candelas se consuman por sí, no queriendo apagar con su mano la claridad que le era símbolo de la luz eterna. Anda con respeto sobre las piedras, por consideración al que llama Piedra...

«A los hermanos que hacen leña prohíbe cortar del todo el árbol, para que le quede la posibilidad de echar brotes. Manda al hortelano que deje a la orilla del huerto franjas sin cultivar, para que a su tiempo el verdor de las hierbas y la belleza de las flores pregonen la hermosura del Padre de todas las cosas... para que evoquen la fragancia eterna...

---

<sup>6</sup> Así lo atestigua SAN BUENAVENTURA, *Leyenda mayor*, V, 4.6 y CELANO, *Vida primera*, 116.129.211

<sup>7</sup> CELANO, *Vida primera*, 81 y *Vida segunda*, 165.

<sup>8</sup> CELANO, *Vida primera*, 77.81 y *Vida segunda*, 172; SAN BUENAVENTURA, *Leyenda mayor*, VIII, 1.6.11; *Leyenda menor*, III, 6; *Espejo de perfección*, 113.

«Recoge del camino los gusanillos para que no los pisoteen; y manda poner a las abejas miel y el mejor vino para que en los días helados de invierno no mueran de hambre. Llama hermanos a todos los animales, si bien ama particularmente, entre todos, a los mansos».

Este modo de ser y de estar en el mundo junto a las cosas, no sobre ellas como quien manda o ejerce poder sino reconociéndolas como hermanos y hermanas de una misma casa familiar, pone de manifiesto que todo el mundo creado es digno de reverencia y respeto. El universo franciscano no está muerto ni inanimado, sino animado, vivo y personalizado. Las cosas que hay en él no están ahí para someterse al caprichoso dominio del hombre, sino para ser tratadas como «hermanas», porque de algún modo comparten lazos de consanguinidad y conviven de hecho en la misma casa paterna. Esta empatía y confraternización con la naturaleza en su conjunto, como una realidad viviente, tiene su origen en varias experiencias religiosas que configuraron toda la vida de Francisco:

1ª. La **paternidad universal de Dios**. El hecho de reconocer y admitir a Dios como Padre de cuanto existe no era una deducción intelectual, sino una profunda experiencia afectiva que le hacía sentirse íntimamente unido a todo el cosmos. Como ya se ha dicho más atrás, Francisco descubría en cualquier cosa al Artífice, al Hacedor, al Hermosísimo, al Amado. No hay enemigos. No hay amenazas. La única atmósfera que se respira en este mundo creado está presidida por el cariño y la ternura de «hermanos y hermanas».

2ª. La «**vida del Evangelio de Jesucristo**» (*Regla1*, Prólogo) crea y convoca hermanos y, además, hermanos «menores» (*Ibid.* VI, 4 y VII, 2), haciéndose esa realidad desde la común opción y desde la unidad que es también igualdad (*Ibid.* XVI, 34), eligiendo como paradigma el lavatorio de los pies, el amor, el servicio mutuo y el sometimiento a «toda criatura» (*Ibid.* IV, 2.6; VI, 3-4; XI, 5-6; XVI, 8), y viviendo en actitud de acogida constante y universal (*Ibid.* VII, 13-14).

3ª. La **opción por la pobreza** más radical. Tanto la paternidad de Dios como la vivencia del Evangelio desde la «minoridad» encuentran aquí su núcleo integrador. Elegida a imitación de Jesús (*Regla1*, IX, 1.5.8; *Regla2*, VI, 3-4; *Testamento*, 1-2) y como modo de vivir el Evangelio (*Regla1*, I, 1; *Regla2*, I, 1 y II, 5-6.8), la pobreza consiste en una determinada manera de comprender la vida que hace posible descubrir el valor y el ser propio de las cosas, permite que sean lo que ya son por ellas mismas e implica la renuncia a apoderarse de ellas o apropiárselas. Todo lo que significó la convivencia de Francisco con los leprosos (*Testamento*, 1-3), por ejemplo, alcanza aquí su máxima expresión, a saber: el encuentro con la misericordia de Dios desde el lugar físico de los pobres rompió todos los obstáculos que le impedían comunicarse libremente con los demás hombres, y con la naturaleza, destruyó el deseo de “tener” que se interponía entre él y su entorno natural y, como consecuencia, le convirtió a la fraternidad universal con todas las criaturas. En vez de dominarlas y de someterlas, de usarlas, se puso junto a ellas, las cuidó y las protegió, les dedicó los mejores cánticos y se hizo hermano suyo, porque era capaz de acogerlas sin interés alguno de posesión, de dominio, de lucro o de eficiencia<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> Para mayor profundización en el tema: L. BOFF, *Ibid.*, 58-67 y C. DÍAZ, *Ibid.*, 81-128, cit. supra nota 2

## 1.2. La “utopía” ecológica

Es muy probable que haya sido san Francisco el mejor cantor y defensor de la vida universal, siempre a condición de caer en la cuenta de que su «utopía ecológica»<sup>10</sup> es imposible de repetir si no se recorre su mismo camino evangélico. Precisamente por eso nos parece irrenunciable tener bien presente cuanto se acaba de exponer para una adecuada comprensión de lo que sigue.

### 1.2.1. Significado y valor de la vida

Los escritos de Francisco están prácticamente acribillados por la palabra «vida» u otros términos correlativos, cuyo sólo análisis llenaría bastantes páginas. Nuestro propósito se limita a extraer lo que tiene mayor relieve en orden al presente trabajo.

Ante todo, la significación del término es concreta y real. El hombre y su mundo son una realidad viva, cuyo origen no reside en ella misma sino en Dios, que es vida y da «toda la vida» (*Regla1*, XXIII, 8). Se trata, pues, de un don totalmente gratuito que hace a cada criatura ser lo que es, le otorga un valor propio y, a la vez, remite constantemente a su Autor. El fundamento ontológico y axiológico de toda la vida reside en Dios.

Por otra parte, significa también la dimensión existencial, encarnada y dinámica, de la propia vida, cuando gira en torno al único centro que la hace verdaderamente humana: el seguimiento radical de Jesucristo (*Regla1*, I, 1-5; *Regla 2*, I, 1; *Última voluntad a santa Clara*, 1-4). En este caso, tanto el significado como el valor de la vida dependen del sentido cristológico que se le confiera.

Asimismo, encierra una significación cósmica y personalizada a un tiempo. *Cósmica*, porque el ser humano está llamado a con-vivir con todas las criaturas en una misma casa paterna, como ya se dijo antes. Y *personalizada*, porque Francisco personaliza su relación con las criaturas a la vez que las hace objeto de su ternura y cariño fraternal<sup>11</sup>:

«Y, al encontrarse en presencia de muchas flores, les predicaba, invitándolas a loar al Señor, como si gozaran del don de la razón. Y lo mismo hacía con las mieses y las viñas, con las piedras y las selvas, y con todo lo bello de los campos, las aguas de las fuentes, la frondosidad de los huertos, la tierra y el fuego, el aire y el viento, invitándoles con ingenua pureza al amor divino y a una gustosa fidelidad».

Hay en Francisco una preocupación muy especial que sintetiza de manera espléndida cuanto se viene diciendo hasta ahora: interpretar toda la existencia como un Belén viviente. La Navidad transforma al mundo entero en un Portal donde la vida adquiere su sentido definitivo y, por ello, representa «la fiesta de las fiestas»<sup>12</sup>.

---

<sup>10</sup> La expresión es de C. DÍAZ, *Ibid.*, 49-80. También lo desarrolla J. BOFF, *Ibid.*, 66-74

<sup>11</sup> CELANO, *Vida primera*, 81.

<sup>12</sup> CELANO, *Vida segunda*, 199. El origen de esta famosa tradición franciscana lo narra también CELANO en su *Vida primera*, 81-87.

Pero, al mismo tiempo, la Navidad significa el compromiso permanente con todos los que malviven y con cualquier otra vida desprotegida, descuidada o amenazada, puesto que en esas fechas todo el mundo debe mostrarse «alegremente dadivoso no sólo con los pobres, sino también con los animales y las aves»<sup>13</sup>:

«Si yo hablase al emperador, le suplicaría que, por amor de Dios y en atención a mi ruego, firmara un decreto ordenando que ningún hombre capture a las hermanas alondras ni les haga daño alguno; que todas las autoridades de las ciudades y los señores de los castros y de las villas deban obligar a que, en la Navidad del Señor de cada año, los hombres derramen trigo y otros granos por los caminos fuera de las ciudades y castillos, para que, en día de tanta solemnidad, todas las aves, y particularmente las alondras, tengan qué comer; que, por respeto al Hijo de Dios, a quien tal noche la bienaventurada Virgen María, su madre, reclinó en un pesebre entre el asno y el buey, estén obligados todos a dar esa noche a nuestros hermanos bueyes y asnos abundante pienso; y, por último, que en este día de Navidad todos los pobres sean saciados por los ricos».

Nos encontramos de nuevo ante una concepción del ser humano volcado ética y moralmente hacia la defensa de cada viviente y de todo lo viviente, sobre todo allí donde la vida es más frágil o está más amenazada.

### 1.2.2. El “Cántico de las criaturas”

Todo lo dicho hasta aquí alcanza en esta obra maestra una de sus mayores cimas poéticas y teológicas, máxime si tenemos en cuenta que el propio Francisco decidió componer este luminoso cántico en medio de una noche oscura de su vida. Los primeros biógrafos lo sitúan en una «celdilla hecha de esteras», casi ciego, sin poder dormir ni descansar y aquejado de fuertes dolores<sup>14</sup>. Esa situación personal resalta aún más la expresión más bella de un universo reconciliado, que tomó forma de «sol» en el corazón del *poverello* de Asís, transformando sus dolores en luz de un cosmos viviente.

Las raíces del *Cántico*<sup>15</sup> pueden buscarse en aquel otro cántico bíblico de alabanza protagonizado por tres jóvenes arrojados a las llamas de un horno encendido (Dan.3, 51-90). Su verdadera clave de lectura es, por lo tanto, estrictamente teológica. Solamente Dios puede ser la «unidad de medida»<sup>16</sup> que permite al ser humano convertirse en cantor de cuanto le rodea, proclamar la belleza de las criaturas, reconocerse hermano de todas ellas, respetar siempre el valor que ellas mismas poseen, acogerlas con cariño y tratarlas

---

<sup>13</sup> *Leyenda de Perusa*, 14. Hay también relatos similares en CELANO, *Vida segunda*, 199-200 y en *Espejo de perfección*, 114.

<sup>14</sup> Así lo dicen: *Leyenda de Perusa*, 83; CELANO, *Vida segunda*, 231; *Espejo de perfección*, 119-129.

<sup>15</sup> La bibliografía es inabarcable. Un estudio muy valioso es el de E. LECLERC, *El cántico de las criaturas*, Oñate, 1977. Y es interesante el número monográfico de *Selecciones de Franciscanismo* 14 (Valencia 1976).

<sup>16</sup> La expresión es de J.L. RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación*, Santander, 1986, 198, quien, seguramente sin proponérselo, actualiza el mensaje teológico del *Cántico* con las siguientes palabras: «Dios es el único fin que no mediatiza, sino que finaliza, esto es, consuma, confiere finalidad y sentido, plenifica... Mientras hablemos del hombre y de la naturaleza en el horizonte de Dios, tenemos sólidamente emplazados al hombre, a la naturaleza y a Dios en una escala de valores. Desaparecido Dios del horizonte, la escala se torna automáticamente confusa, porque ha desaparecido la unidad de medida».

sin violencia, ni agresividad, ni afán de poseerlas. Así pues, el Cántico, más que leerlo, exige realizarlo, hacerlo resonar a los cuatro vientos. El contenido de sus catorce versos está lleno de sugerencias para cualquier ética sobre la vida:

1ª. Está recorrido por una línea vertical y otra horizontal que se entrecruzan con el fin de resaltar la unidad de la creación. El impulso inicial va dirigido verticalmente a Dios: «Altísimo, omnipotente, buen Señor, tuyas son las alabanzas, a ti sólo corresponden» (v.1-2). Y, seguidamente, Francisco se da cuenta de que «ningún hombre es digno de hacer de ti mención» (v.2), no consigue cantar de verdad a Dios si no es adoptando la dimensión horizontal: «Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas...» (v.3).

2ª. Todas las realidades que componen el cosmos, tanto el material (v.3-9) como el humano (v.10-13), son «hermanas» y «hermanos» del hombre, que se abre a esta fraternidad universal y las canta, no por sí mismas, sino movido por una experiencia religiosa tan profunda que le permite verlas como símbolos sacramentales de Dios: «de ti, Altísimo, lleva(n) significación» (v.4).

3ª. Todas las cosas del mundo material (v.3-9) son buenas, están impregnadas de positividad, poseen valor propio y están al servicio de la vida, interpretándolo todo desde Dios: por el sol «nos alumbras»; por el viento y las nubes «das sustento» a tus criaturas; el agua «es muy útil»; por el fuego «alumbras la noche»; la «madre tierra nos sustenta y gobierna y produce diversos frutos con coloridas flores y hierbas».

4ª. Los acontecimientos del mundo humano (v.10-13) encierran también un valor en la medida en que se vivan con un determinado sentido: los conflictos pueden superarse perdonando «por tu amor» (v.10); la enfermedad y la tribulación pueden sufrirse «en paz» (v.10-11); y la muerte es posible aceptarla acogiéndola como «hermana» (v.12). Quienes así lo vivan serán «bienaventurados» (v.11.13).

5ª. Hay, por último, una conjugación de elementos masculinos y femeninos a lo largo de los v.3-9. Están ordenados por parejas (sol-luna, viento-agua, fuego-tierra) y pueden simbolizar la virilidad y la femineidad, la paternidad y la maternidad de donde nace toda la vida universal.

En resumen: Francisco, penetrado por el amor de Dios, lo derrama sobre las criaturas e invadido por la alegría de sus dones lo canta desde todo lo que vive a su alrededor. La armonía entre su mundo interior y exterior es total: convive con las cosas, las acoge, se enamora de ellas, las cuida y las respeta. No hay ningún rastro de violencia ni de agresión, porque su actitud no es la de estar sobre ellas, como dominador, sino con ellas, como servidor y trovador. Por eso precisamente las hace humanas, las humaniza, porque se recrea en ellas sin destruirlas, las utiliza sin maltratarlas, las deja ser lo que son y como son cada una de ellas. El *Cántico* es, entonces, «un sí a la intensidad del ser»<sup>17</sup> y, en consecuencia, un decidido y comprometido sí al valor ético de la vida y de toda la vida.

Si ser ecologista significa defender la vida, san Francisco representa el modelo de una «utopía ecológica» siempre y cuando se asuma desde su misma trayectoria personal.

---

<sup>17</sup> La expresión es de E. LECLERC, *Ibid.*, 149, cit. supra nota 15.

En definitiva, el santo de Asís invita a tomar posición ante la realidad adoptando ante ella una actitud positiva y respetuosa, porque es el ámbito de la vida, de todo lo viviente.

### **1.3. La integración de lo negativo en la vida**

La vida de cada ser humano está atravesada por fuerzas que van en direcciones contrarias, por tensiones opuestas. Uno de sus mayores retos consiste en canalizar esas energías contrapuestas e inscritas dentro de los acontecimientos negativos de la existencia en un proyecto integrador que les pueda conferir un sentido. La enfermedad y la muerte, por contraposición a la salud y la vida, constituyen una de esas pruebas decisivas para medir nuestra capacidad de integración. Justamente en ese aspecto el santo de Asís ha dejado sobradas muestras de haberlo experimentado y logrado a muy alto nivel.

#### **1.3.1. Alegría en la enfermedad**

El propio Francisco atestigua haber estado enfermo (*Testamento*, 29), hasta el punto de no poder realizar varias visitas que tenía previstas (*Carta a todos los fieles*, 2, 3) y de reconocer, también, que «a causa de la debilidad y el dolor» no se encontraba «con fuerzas para hablar» (*Testamento de Siena*, 2). Las fuentes bibliográficas se hacen eco de ello en diversos lugares: oftalmia degenerada en glaucoma; una grave enfermedad entre los años 1204-1205; la malaria en 1212; una faringolaringitis en 1213; enfermedades de hígado y de bazo, úlcera gástrica y tumor de estómago; y a todo ello hay que añadir muchos viajes para un cuerpo débil, precariedad de alojamientos, insuficiencia de vestidos, escasez de alimento, cuaresmas continuas y frecuente rechazo de medicinas<sup>18</sup>.

Francisco asume la enfermedad integrándola en su concepción cristiana de la vida: es posible sufrirla «en paz» (*Cántico*, 11; *Exhortación a santa Clara*, 5), con «paciencia» (*Regla2*, X, 9) y dando «gracias al Creador» (*Regla1*, X, 3). Ante esta manera de actuar es lógico preguntarse: ¿Cuál era el secreto de su actitud?

El secreto consiste en vivir dando gloria a Dios, no en gloriarse de sí mismo (*Admoniciones*, 5) o, dicho con otras palabras, sustituir la tentación egocéntrica por otro nuevo centro vital capaz de reestructurar toda la vida y de integrar con sentido sus aspectos negativos. Así es como brotará la verdadera alegría, que no reside en ningún tipo de éxitos humanos sino en «vencerse a sí mismo y sobrellevar gustosamente, por amor de Cristo Jesús, penas, injurias, oprobios e incomodidades»<sup>19</sup>.

---

<sup>18</sup> Sería muy largo reproducir todas las citas al respecto. Un buen estudio sobre el tema es el de S. CINCARELLI, *Francesco di Pietro Bernardone malato e santo*, Firenze, 1972.

<sup>19</sup> *Floreillas*, VIII. En cierta ocasión rechazaron al propio Francisco en una de sus casas, donde estaba pidiendo entrar para ponerse al abrigo de una cruda noche de invierno, pero él, tras haber respondido con amabilidad, se dijo a sí mismo: «si he tenido paciencia y no he perdido la calma, en esto está la verdadera alegría, y también la verdadera virtud y el bien del alma» (*Admoniciones*, 28, 14).



La paz y la serenidad, que le ayudaron a superar el estremecimiento causado por el dolor físico, han quedado maravillosamente recogidas en el episodio de la cauterización, donde habla con el fuego como si fuese un viejo amigo<sup>20</sup>:

«Mi querido hermano fuego, el Altísimo te ha creado poderoso, bello y útil, comunicándote una deslumbrante presencia que querrían para sí todas las otras criaturas. ¡Muéstrate propicio y cortés conmigo en esta hora! Pido al gran Señor que te creó tempere en mí tu calor, para que, quemándome suavemente, te pueda soportar».

Desde esa nueva perspectiva las aflicciones ya no serán penas, sino «hermanas», y los sufrimientos se convertirán en «prenda» del Reino, puesto que la alegría con que lo soportaba era una manera de corresponder a la misericordia de Dios, como decía a un compañero suyo<sup>21</sup>:

«Deja, hermano, que me alegre en el Señor y que cante sus alabanzas en medio de mis dolencias; por la gracia del Espíritu Santo estoy tan íntimamente unido a mi Señor, que, por su misericordia, bien puedo alegrarme en el Altísimo».

Hay otro pasaje donde se pone de relieve la obligación de cuidar la propia salud. Francisco rechazaba habitualmente la asistencia médica y hacía oídos sordos a los consejos médicos. Sin embargo, no pudo desentenderse de la cariñosa corrección que le hizo el cardenal Hugolino (luego papa Gregorio IX), quien apeló a la coherencia personal del santo y al valor social de su vida para hacerle cambiar de actitud<sup>22</sup>:

«... no obras bien al no cuidar de ser ayudado en la enfermedad de los ojos, pues tu salud y tu vida son muy útiles a ti y a los demás. Si te compadeces de los hermanos enfermos, y has sido siempre misericordioso con ellos y continúas siéndolo, ahora no debes ser cruel contigo, porque tu enfermedad es grave y te encuentras en una evidente necesidad. Por eso te ordeno que te dejes ayudar y curar».

### **1.3.2. Amor a los enfermos**

La estrecha solidaridad de Francisco con los enfermos comenzó a raíz de su convivencia con los leprosos, como él mismo dice: «El Señor mismo me condujo en medio de ellos, y practiqué la misericordia» (*Testamento*, 2-3)<sup>23</sup>. A partir de entonces se volcó literalmente con ellos mostrándoles la mayor compasión y ternura, y haciéndose cargo de sus sufrimientos, porque veía en cada uno la imagen misma de Cristo. Consolaba de

---

<sup>20</sup> SAN BUENAVENTURA, *Leyenda mayor*, V, 9.

<sup>21</sup> *Leyenda de Perusa*, 83. Sobre la alegría en la enfermedad hay también testimonios en CELANO, *Vida segunda*, 212-213 y SAN BUENAVENTURA, *Leyenda Mayor*, XIV, 2.

<sup>22</sup> *Leyenda de Perusa*, 83; *Espejo de perfección*, 91; CELANO, *Vida primera*, 101.

<sup>23</sup> Sobre ese encuentro con los leprosos y el cambio radical de actitud experimentado por Francisco insisten reiteradamente sus primeros biógrafos: CELANO, *Vida primera*, 17 y *Vida segunda*, 9; SAN BUENAVENTURA, *Leyenda mayor*, I, 5 y II, 6; *Leyenda de los tres compañeros*, 11.

manera especial a cuantos «estaban agitados y vivían con el ánimo apocado»<sup>24</sup>. Era tan intensa su entrega, que los mismos enfermos veían en él a un verdadero médico que con mucha delicadeza les palpaba las llagas, se las limpiaba y se las curaba»<sup>25</sup>.

Francisco exigía una disponibilidad semejante a los frailes de la Orden, pues debían «gozarse» cuando estaban entre enfermos y leprosos, y les pedía, además, que si alguno de ellos caía enfermo «no lo abandonen, sino desígnese un hermano o más, si fuese necesario, para que le sirvan como querrían ellos ser servidos» (*Regla1*, X, 1-2; *Regla2*, VI, 9). Así pues, el camino para estimular la integración de la negatividad del dolor y el sufrimiento en los enfermos pasa obligatoriamente por situarse junto a ellos, compartir su situación y aliviar el dolor y el sufrimiento por el que están pasando.

La solidaridad de Francisco y la fama que llegó a adquirir como «sanador» se pueden comprobar leyendo el *Tratado de los milagros*<sup>26</sup>. Aparte de su clara intención apologética, y de la importancia que se le daba en la Edad Media a todo hecho prodigioso, dicha obra ofrece un interesante cuadro nosológico de la época, resalta la confianza depositada en los santos por la mayor parte de la gente, quizá como garantía de la inseguridad que no podían resolver los conocimientos médicos de entonces, y revela también la gran amplitud que tenía el campo de protección y cuidado de la vida.

### 1.3.3. “Bienvenida sea mi hermana muerte”

La muerte es la negación de la vida, la ruptura del deseo de vivir para siempre, el término del trayecto histórico individual y el fin del hombre entero. Sin embargo, por el hecho de estar constantemente presente en la vida, la muerte representa también la posibilidad por excelencia de todo ser humano, es decir, obliga a tomar postura ante ella, a «morir la muerte» y no sólo a expirar, exige actuarla con sentido<sup>27</sup>. San Francisco de Asís ha sido también un modelo paradigmático de esta realidad tan cercana a la ética de la vida y a la bioética actual. La muerte fue para él un acto de máxima libertad, no un final, sino un tránsito que confirmó la plenitud con que vivió toda su existencia<sup>28</sup>. Todos los gestos que realiza Francisco en esta hora decisiva encierran un profundo significado<sup>29</sup>.

Primero se reconcilia con los hermanos, se despide de todos ellos, los bendice y les recomienda poner el «Evangelio por encima de todas sus disposiciones», como ya hemos visto en repetidas ocasiones a través de las “Reglas” dadas a su Orden.

---

<sup>24</sup> CELANO, *Vida segunda*, 177.

<sup>25</sup> *Espejo de perfección*, 58.

<sup>26</sup> El *Tratado de los milagros*, páginas 360-376 de la edición que estamos utilizando, lo escribió CELANO entre los años 1252-1253. Puede completarse con el apéndice sobre los milagros de SANBUENAVENTURA, *Leyenda mayor*, páginas 476-500, también de la edición que utilizamos.

<sup>27</sup> Véase J.L. RUIZ DE LA PEÑA, *La otra dimensión. Escatología cristiana*, Madrid, 1975, 309-317.

<sup>28</sup> Véase C. SURIAN, *Elementi per una teología del desiderio e la spiritualità di san Francesco d’Assisi*, Roma, 1973. Hay también sugerencias en L. BOFF, *Ibid.*, 205-215, cit. supra nota 2.

<sup>29</sup> Para los textos de este párrafo, véase CELANO, *Vida primera*, 109-111 y *Vida segunda*, 214-217; SANBUENAVENTURA, *Leyenda mayor*, XIV, 1-6; *Leyenda de Perusa*, 99-100; *Espejo de perfección*, 121-124.

Después, pide a los frailes que le coloquen desnudo sobre la tierra, como símbolo de identificación con Cristo crucificado y regreso a la madre tierra. Más tarde, rememorando el significado bíblico de la Pascua, y tras haber solicitado la lectura de unos versículos del Evangelio (Jn.13, 1: «... sabiendo Jesús que había llegado su hora...»), hizo que le trajeran pan, lo bendijo, lo partió y dio a cada uno un pedazo para comer.

Aún tuvo tiempo para invitar a quienes le acompañaban a entonar el *Cántico de las criaturas*, añadiendo él mismo la célebre estrofa «loado seas, mi Señor, por nuestra hermana muerte corporal».

Y, por último, quiso que repitiesen la escena de colocarlo desnudo sobre la tierra y, apenas iniciados los primeros versos del Sal.141 («Con mi voz clamé al Señor... imploré piedad...»), se hizo un gran silencio. Francisco acababa de morir tal como había vivido: personalizando su relación con las cosas de su alrededor, cantando a la vida de su entorno y tomando postura ante la muerte con un determinado sentido. Como dice su biógrafo Celano, parafraseando a Eclo.11, 29, «el fin del hombre descubre lo que es él».

El único modo de acercarse a esta vivencia es interpretarla como un acto de fe en Dios “amigo de la vida”. Nos encontramos ante una muerte aceptada y querida libremente, una actuación que consumó toda la existencia de san Francisco. Su íntima vinculación a la vida universal lo llevó hasta la raíz misma que todo lo vivifica y lo atrae hacia sí como plenitud de la Vida. Ante la tendencia de la sociedad actual para ocultar la muerte, Francisco representa un camino para humanizarla y “morir en la ternura”.

## **2. SANTA CATALINA DE SIENA (1347-1380)**

Esta religiosa dominica terciaria nació cuando la Peste Negra comenzó a extenderse por Europa. Unos veinticinco años después, vio con sus propios ojos las consecuencias de la *pestis puerorum* que devastó su ciudad natal, sufriendo la muerte de varios hermanos y amortajando ella misma los cadáveres de algunos niños de su familia.

El contexto<sup>30</sup> de su obra está marcado por el cisma de la Iglesia y la reforma de sus instituciones, el conocimiento interior del ser humano, el sentido trascendente de la existencia, la necesidad de seguir a Cristo y la práctica inseparable del amor a Dios y al prójimo. Dejaremos a un lado las etapas de su itinerario místico y el estudio crítico sobre las fuentes de su doctrina<sup>31</sup>, para centrarnos preferentemente en el estudio de su *Diálogo*<sup>32</sup> donde expone la íntima conversación con Dios que en realidad fue toda su vida. El ejemplo y la influencia de esta mujer en el mundo que la rodeaba, y en algunas de las

---

<sup>30</sup> Véanse al respecto J.M. MOLINER, *Historia de la espiritualidad*, Burgos, 1972; y L. ALBALUST-B. JIMÉNEZ DUQUE, *Historia de la espiritualidad*, 4. vols., Barcelona, 1969.

<sup>31</sup> Su formación intelectual no procede directamente de los grandes maestros, sino del contacto asiduo con hombres de letras, dominicos, agustinos y franciscanos, mediante los que fue asimilando indirectamente las ideas teológicas del momento. Sin embargo, la principal fuente de su pensamiento ha sido, sin duda alguna, la profundidad de su experiencia mística.

<sup>32</sup> Utilizaremos la edición de A. Morta, Madrid, 1955. Los números de cada cita corresponden a las páginas.

personalidades más relevantes del momento, muestran que es injusto generalizar de manera indiscriminada la minusvaloración del papel ejercido por la mujer durante la época medieval<sup>33</sup>.

## 2.1. Vivir a “imagen” de Dios

Se trata de una constante en la obra de santa Catalina y, a la vez, de un punto de referencia permanente a todos los efectos, puesto que de ahí parte el hilo conductor de su mística y de su esfuerzo por regenerar la vida cristiana.

### 2.1.1. Ser “imagen y semejanza” de Dios

En casi todos los capítulos del *Diálogo* se habla en repetidas ocasiones del hombre creado por Dios a su «imagen y semejanza», basándose en Gén.1, 16 o aludiendo a esta cita bíblica (*Diál.* 176. 206.217.229.283.392-393.466). Todo ser humano procede de Dios, participa de su Vida y se asemeja a la Trinidad: «... Por esto le diste la memoria para que recordase tus beneficios, por lo que participa de tu potencia, Padre Eterno. Le diste el entendimiento, para que conociese viendo tu bondad y participase de la sabiduría de tu unigénito Hijo. Le diste la voluntad, a fin de que pudiese amar lo que el entendimiento ve y conoce en tu verdad, participando de la clemencia del Espíritu Santo» (*Ibid.* 217). Pero lo expone con mayor claridad en otro lugar<sup>34</sup>:

«Tú has hecho al hombre a tu imagen y semejanza para que él, por las tres potencias que tiene en su alma, se asemeje a tu trinidad y a tu unidad. Has hecho que esta semejanza fuese mayor todavía al hacer que por la memoria se asemejase y se uniese al Padre, al que se atribuye el poder; por la inteligencia se asemejase y se uniese al Hijo, al que se le atribuye la sabiduría; y por la voluntad se asemejase y se uniese al Espíritu Santo, al que se le atribuye la clemencia, que es el amor del Padre y del Hijo»

En la participación y semejanza de Dios tiene su origen y fundamento «la dignidad y belleza» del ser humano, cuya única causa es «el amor con el cual miraste en ti mismo a tu criatura y te enamoraste de ella: la creaste por amor y le diste el ser para que gustase de tu sumo y eterno bien» (*Ibid.* 267.283.466).

La obra creadora de Dios no se interrumpió con el pecado, pues «siendo vosotros imagen mía, tomé vuestra imagen al tomar forma humana» (*Diál.* 206) y de esa manera «Tú, ¡oh Dios!, te hiciste hombre y el hombre fue hecho Dios» (*Ibid.* 218.393).

---

<sup>33</sup> No es posible ahora detenerse en ello, Véanse al respecto las obras de M.W. Labarge, E. Power, M.C. De Matteis, A. Valerio, C. Klapisch-Zuber, B.S. Anderson - J.P. Zinsser y G. Duby - M. Perrot, citados en la bibliografía general.

<sup>34</sup> *Elevaciones*, III, 573.

### 2.1.2. Sentido trascendente de la vida

Partiendo de esos presupuestos resulta imposible vivir sin Dios: «Tú eres vida...y todo tiene vida en ti, y sin ti nada vive» (*Diál.* 513). Al margen o fuera de Él sólo hay muerte y, sin Él, sólo perdura la nada (*Ibid.* 226):

«Ninguno puede salir de mis manos, porque yo soy el que soy, y vosotros, por vosotros mismos no sois, sino en cuanto habéis sido creados por mí. Soy creador de todas las cosas, que participan del ser, menos del pecado, que no es, porque yo no lo hice».

Dicho con otras palabras, el hombre no-es sino por Dios, depende de y es para Dios. A través de la alteridad y la reciprocidad con Él la criatura humana se descubre a sí misma existiendo y encuentra su propio centro vital en la medida en que se descentra a favor del Otro como su nuevo centro vital. Esto explica por qué el primer paso del recorrido ascético de santa Catalina consiste en el conocimiento de sí: «En el conocimiento de ti te humillarás al descubrir que por ti no eres y que tu ser proviene de mí, que os he querido antes de que fueseis» (*Diál.* 484)<sup>35</sup>. Se trata de un profundo ejercicio de introspección a través del cual la criatura conoce a Dios, y se encuentra con Él, penetrando en su propia «celda interior» donde reconoce «no ser por sí misma y haber recibido gratuitamente de mí el ser que tiene y toda otra gracia además del ser; todo me lo atribuye a mí y no a sí» (*Ibid.* 197)<sup>36</sup>. La principal consecuencia de todo esto se resume en la sustitución de la «indignidad», que supone estar muertos bajo el dominio del amor propio, por la «dignidad» que lleva consigo vivir bajo la gratuita dependencia del Amor de Dios (*Ibid.* 176-177.206), o sea, vivir a su «imagen y semejanza».

Es evidente que la valoración moral de santa Catalina sobre la vida física tiene que ser interpretada desde esa antropología teológica. Si el alma está creada a imagen y semejanza de Dios, «dándole la memoria, el entendimiento y la voluntad» (*Diál.* 283), es decir, si en ella se manifiesta por excelencia la «dignidad» del ser humano (*Ibid.* 206), porque «la inteligencia es la parte más noble del alma» (*Ibid.* 283)<sup>37</sup>, entonces, el cuerpo, «que no tiene vida en sí mismo sino en cuanto la recibe del alma» (*Ibid.* 348), obtendrá significado humano poniéndose a su «servicio» como «compañero e instrumento del alma para hacer el bien y el mal» (*Ibid.* 263).

Y, más aún, si el alma llega a despojarse del amor propio, y acepta ser movida por el Amor y la Bondad de Dios, estará en condiciones de amar lo que Dios ama, alcanzará la vida de la gracia (*Ibid.* 283) y se convertirá en un cielo anticipado en la tierra: «porque yo la hice cielo y habito en ella por la gracia, ocultándome allí y haciendo mansión de ella por afecto de amor» (*Ibid.* 251). El hombre destruye así su falsa pretensión de hacerse a sí

---

<sup>35</sup> «En este conocimiento te encuentro y te conozco, y por este conocimiento se despoja más perfectamente de sí misma el alma y se viste de tu voluntad. Por esto quieres que se eleve con luz para conocerse a sí en ti» (*Elevaciones*, XVIII, 611).

<sup>36</sup> «Tú dices, Padre Eterno, que el hombre que sabe mirarse te encuentra a ti en sí porque él es criado a tu imagen» (*Elevaciones*, XIX, 613).

<sup>37</sup> Eso pone de relieve la influencia de Tomás de Aquino, que dice: «Entre las demás potencias del alma, la más alta es el entendimiento» (*Summa Theologiae*, II-III, q.83, a.3, ad.1um).

mismo dios y se transforma gradualmente en Dios cuya «imagen» perfecta es Cristo. En resumen, sustituye el no-ser por el ser de Dios.

Así pues, la vida corporal carece de sentido por sí sola, depende y está en función de la vida espiritual: «Vísteme, vísteme de ti, Verdad Eterna, a fin de que yo viva esta vida mortal con verdadera obediencia y con la luz de la santísima fe» (*Diál.* 553). Quizá desde ahí se pueda entender mejor el aparente desinterés de santa Catalina hacia la vida de aquel condenado a muerte, cuya situación descubríamos más atrás<sup>38</sup>. No obstante, desde esa perspectiva también se comprende por qué la existencia terrenal es el trayecto por donde transcurre la búsqueda del bien, el lugar donde cada ser humano se transforma en «trabajador» de sí mismo, es el «tiempo» o la hora de la decisión moral (*Ibid.* 232):

«Toda criatura dotada de razón posee en sí misma una viña, su propia alma, cuyo trabajador es la voluntad con el libre albedrío durante el tiempo de toda su vida. Pero, en cuanto termina el tiempo, ya ningún trabajo le es posible, ni bueno ni malo. Sólo mientras vive puede trabajar su viña, en la que yo le puse».

## 2.2. Caminar por “Jesucristo-Puente”

El camino hacia la Vida, cortado por el pecado, quedó definitivamente restablecido por el Padre tendiendo hacia todos los hombres el «Puente» de su propio Hijo (*Diál.* 230-231). La naturaleza humana no era capaz de realizar esta obra. Dios tomó de nuevo la iniciativa para crear al hombre a través de la «sangre derramada» de Cristo, «ofrecido a mí por vosotros para quitaros la muerte y daros la vida» (*Ibid.* 231).

Sin embargo, la iniciativa de Dios no sustituye la libertad del hombre. Le indica la dirección correcta y, simultáneamente, apela a su responsabilidad: «Para conseguir la vida... es necesario que todos paséis por este puente... sólo de esta manera podréis llegar a mí» (*Ibid.* 231) ... siguiendo las huellas de la Palabra encarnada» (*Ibid.* 222-223)<sup>39</sup>. Este Puente, tallado en el madero de la cruz, permanece «levantado en alto» (Jn.12, 32) sin separarse de la tierra, con el fin de atraerlo todo hacia él, pues «al ser atraído el hombre, es atraído todo lo demás, porque todas las cosas han sido hechas para él» (*Ibid.* 239). En definitiva, a través del seguimiento de Cristo el hombre descubre también el significado y el valor que tiene la vida de toda la creación, pues «no he creado yo las cosas ni os las he dado para que en ellas hallaseis la muerte, sino para que os den la vida» (*Ibid.* 290).

Quienes rehúsan pasar por el Puente bloquean la finalidad de las tres potencias del alma y dan a luz «acciones muertas a la gracia» (*Diál.* 247-248), convirtiéndose en árboles de muerte cuyos principales frutos son la inmundicia, la soberbia, el engreimiento y el falso juicio (*Ibid.* 248-251). Estos tres últimos “árboles de muerte” constituyen el origen de todos los atentados contra la vida del prójimo:

---

<sup>38</sup> Véase al respecto el apartado “procedimientos y mentalidades” del cap. II de la 1ª parte, página 17-18.

<sup>39</sup> «No seáis, pues, negligentes en seguirlo sentándoos en vuestro amor propio y en la ignorancia, que no os permite conocer el camino... Levantaos, pues, inmediatamente y seguidle, porque nadie puede venir a mí, Padre, si no es por Él» (*Diálogo*, 375).

- La **soberbia**, que se alimenta continuamente de la avaricia, provoca «homicidios, hurtos y rapiñas, ganancias ilícitas, crueldad de corazón e injusticia del prójimo» (*Ibid.* 250). Y utiliza una especial dureza para condenar a los usureros a quienes define con gran acierto como aquellos que se alimentan «vendiendo el tiempo de su prójimo».

- El **engreimiento** conduce a los poderosos a enarbolar la bandera de la injusticia, usurpando lo que sólo a Dios pertenece, es decir, el origen de todo poder, y actuando a la vez contra su prójimo porque se dedican a traficar «con la carne de sus súbditos y de cualquier otra persona que a mano les viene» (*Ibid.* 251).

- El **falso juicio**, que procede de todos los defectos anteriores (*Ibid.* 252), lleva a confundir entre sí las cosas buenas con las malas y de ahí «nacen con frecuencia el odio, homicidios, enemistades con el prójimo...» (*Ibid.* 359).

En cambio, quienes pasan por el Puente se transforman en “árboles de vida”<sup>40</sup> y caminan hacia la perfección atravesando gradualmente tres estados, que equivalen a otros tantos «escalones en Cristo crucificado», donde está compendiada toda una concepción de la ética impregnada de dinamismo. La clave de este recorrido consiste en ir descubriendo que la verdadera fe se cumple en la entrega de la propia vida al prójimo:

- Estado de **siervo mercenario**: es un primer paso, pero todavía imperfecto. Corresponde a quienes caminan solamente guiados por «temor al castigo», que caracterizaba a «la ley antigua fundada únicamente en el temor» a ser sancionados por la culpa cometida (*Diál.* 292-294). Se trata de un escalón inferior, y éticamente infantil, por el hecho de tergiversar por completo la propia concepción cristiana de Dios y del prójimo.

- Estado de **siervo fiel**: este segundo paso lo dan quienes ya no actúan por temor al castigo y sí por amor, pero un amor que aún «los mueve a servirme por propio interés, por la satisfacción o gusto que encuentran en mí» (*Diál.* 294). Hay aquí un grado superior de vida cristiana, pero encerrado todavía en sí mismo y dependiendo de la propia autosatisfacción individualista. Su vivo retrato es el apóstol Pedro que «gustaba la suavidad y dulzura del trato» con Jesús, pero desfalleció hasta el punto de negarlo y de decir que le desconocía cuando pusieron en juego su identidad (*Ibid.* 295)<sup>41</sup>.

- Estado de **amigo e hijo**: es la meta final y corresponde a aquel grado de conocimiento interior, del que ya hemos hablado, donde el alma descubre en sí misma la «imagen» de la que procede su máxima dignidad. En este último escalón Dios se manifiesta al alma y ella se une con Él por medio del amor perfecto (Jn.14, 21-23), totalmente desinteresado, libre del temor infantil y superada la mera autocomplacencia.

### 2.3. Actuar movidos por la caridad

Una vez alcanzado el tercer estado o «escalón» del Puente se llega a la cima de la unión mística entre Dios y el alma humana. Santa Catalina sitúa en el amor la clave de la

---

<sup>40</sup> «Tú, Dios Eterno, en el tiempo en que el hombre era árbol de muerte lo convertiste en árbol de vida injertándote a ti, Vida, en el hombre...» (*Elevaciones*, XIV, 599).

<sup>41</sup> Jn.18, 17: «¿No eres tú también discípulo de ese hombre...? no lo soy»

transformación efectuada en el ser humano (*Diál.* 296-299), recreándose en el comentario de Jn.14, 21-23<sup>42</sup>. A partir de ese momento, lo específico de la vida cristiana consiste en actuar movidos por la caridad. Si en el conocimiento de sí mismo el hombre descubre la «dignidad» de haber sido creado a «imagen» de Dios, por puro Amor suyo, en el estado de «amigo e hijo» descubre el significado de sus exigencias más prácticas.

Son abundantes las citas de la santa de Siena sobre la caridad como síntesis de todas las virtudes, y sobre el amor de Dios y al prójimo como compendio de todos los mandamientos, que sería imposible recogerlas en este trabajo<sup>43</sup>. Ella está absolutamente convencida de que Dios ha dejado a los hombres atados «con los lazos de la caridad» (*Diál.* 499-500) hasta el punto de convertirlos en «ministros» del amor: «Quiera o no quiera el hombre, se ve precisado a ejercer la caridad con su prójimo», precisamente porque «en el amor a mí se contiene el amor al prójimo» (*Ibid.* 193) o, como dice más adelante: «Quererle sin interés alguno, y sin esperanza de ningún provecho. Yo considero hecho a mí mismo lo que hacéis con el prójimo» (*Ibid.* 301-301).

Esa actitud la describe también como «salir fuera por mi Nombre y dar a luz las virtudes en el trato con el prójimo» (*Ibid.* 231), como hicieron los primeros discípulos que «salieron del cenáculo, y, perdido el miedo», anunciaban el Evangelio (*Ibid.* 320). Por eso los miembros vivos del cuerpo, «oídos, lengua, olfato, manos, pies», no son para uno mismo sino para «servir al prójimo, en su necesidad» (*Ibid.* 489). Es en ese contexto donde hay que situar su preocupación por denunciar las agresiones contra la vida y sus argumentos para justificar la obligación de protegerla:

1º. Subraya, con gran intensidad, la inseparable relación que hay entre vivir en «odio y enemistad» con Dios y el «daño» que se acusa al prójimo, no sólo a causa de la íntima conexión entre el amor a Dios y al prójimo, sino porque tanto la virtud como el pecado, es decir, toda la vida moral, «se ejercen por medio del prójimo» (*Diál.* 188-189).

- Se produce el daño cuando, a través del mal ejemplo, se aparta a la criatura de la virtud: «Esta es crueldad para con el alma, ya que se ha convertido en instrumento para quitarle la vida y darle la muerte» (*Ibid.* 190).

- Y se hace también daño al prójimo siendo crueles con su cuerpo por codicia, abuso de poder, engaños, fraudes y palabras injuriosas. Así es como se «quita lo ajeno, robando a los pobres» (*Ibid.*), dedicándose a negociar «con las cosas del prójimo y aun con sus personas», y dando lugar incluso al «homicidio» (*Ibid.*), en vez de socorrer la gran necesidad de los débiles y humildes.

2º. Denuncia a los que trastornan el plan inscrito por Dios en la creación. «Todo está hecho y ordenado para socorrer las necesidades del hombre... para su servicio» (*Diál.* 239.276.336.477) y está repartido entre todos por igual. Sin embargo, hay quienes tergiversan este plan divino de dos maneras: Unos se hacen tan esclavos de las cosas creadas, que terminan por «servirlas a ellas» en vez de servir a Dios «con todo el corazón»

---

<sup>42</sup> «...si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él...»

<sup>43</sup> Santa Catalina apura casi hasta el máximo la doctrina sobre la caridad como «forma de todas las virtudes», ampliamente expuesta por Sto. Tomás en la *Summa Theologiae*, II-II, q.23, a.7-8 y q.184, a.1.



(*Ibid.* 239.276); otros orientan su vida tan exclusivamente sobre el amor a sí mismos, que acaban creyéndose «propietarios» y no «administradores» de los bienes de este mundo (*Ibid.* 276). Todos ellos han llegado a sustituir a Dios por la soberbia y al prójimo por la avaricia y la tacañería (*Ibid.* 434.438). En este caso, santa Catalina vierte una crítica muy dura sobre el mal sacerdote y mal religioso, mostrando una gran preocupación por el cuidado físico de los pobres (*Ibid.* 440)<sup>44</sup>:

«Te has convertido en un animal feroz, sin ningún temor de mí. Tú devoras al prójimo y estás en contra de él. Eres aceptador de personas. Favoreces a los que te sirven o te proporcionan algún provecho y a los que llevan tu misma vida...

«Desprecias a los humildes y a los virtuosos que son pobres. Tú les huyes...porque la hediondez de tu vicio no puede sufrir el olor de su virtud. Tienes a menos ver a mis pobres en el umbral de tu casa. Rehúyes el ir a visitarlos en sus necesidades. Los ves morir de hambre y no los socorres. Todo esto lo hacen los cuernos de la soberbia que hay en tu frente, que no quieren inclinarse a ejercitar un poco de humildad».

3º. Denuncia con la misma valentía el error de quienes pretendían reformar la Iglesia con métodos basados en la violencia y propone, en su contra, no un retorno a otros tiempos o una inversión del orden presente, sino el esfuerzo por recuperar el «ser» regalado por Dios a cada hombre como «imagen» suya y las exigencias prácticas que ello comporta. La Iglesia reconstruirá su belleza y reconquistará su hermosura (*Diál.* 345):

«No ciertamente con guerras... con espada y crueldad, sino con paz y quietud, lágrimas y sudor de mis siervos, a los que he puesto como trabajadores de vuestras almas... En vosotros mismos cultivad la virtud...ofreced vuestro ejemplo, santa doctrina y continua oración por vosotros y por toda criatura. Así daréis a luz las virtudes en el prójimo, ya que... toda virtud y todo defecto se ejercitan y aumentan por medio del prójimo».

4º. Acentúa especialmente la obligación de socorrer las necesidades primarias de los pobres y mendigos, justificándolo con Mt. 25, 42-43 («tuve hambre y me disteis de comer...») y con la exhortación a no repetir la conducta del rico malo con el pobre Lázaro de Lc.16, 199ss (*Diál.* 500.502.511):

«El orgulloso... cuando ve al pobre... con menosprecio y enfado vuelve la cara a otra parte. Abunda en riquezas y le deja morir de hambre... De nada le servirá en aquel momento su excusa: “Jamás te vi así. Si te hubiera visto, te habría ayudado”. Sabe muy bien este miserable, como así lo dijo mi Hijo, que lo que hacía a estos pobrecitos, a Él lo hacía».

5º. Por otra parte, aunque habla a veces de la fragilidad e imperfección del cuerpo (*Diál.* 335.339), «la cosa más vil que puede haber... formado de lo más vil de la tierra» (*Ibid.* 371), santa Catalina tiene una visión positiva de «la carne humana, que fue elevada

---

<sup>44</sup> En otro lugar hace una dura crítica de los malos cristianos: «El orgulloso... cuando ve al pobre, miembro suyo, enfermo o necesitado, no le socorre, no ya con sus bienes, sino que ni con una palabra siquiera. Con menosprecio y enfado vuelve la cara a otra parte. Abunda en riquezas y le deja morir de hambre, sin ver que por su miseria y crueldad son pura hediondez en mi presencia» (*Diálogos*, 500).

por encima de todos los coros de los ángeles» (*Ibid.* 432) desde la encarnación de Cristo. Así es como toda la constitución física del hombre adquiere el significado de emitir continuamente sonidos de vida, porque todos sus miembros y sentidos componen un instrumento afinado al servicio del alma para socorrer las necesidades espirituales y materiales del prójimo (*Ibid.* 432.488.498-499):

«El primero que dejó oír este sonido de vida fue el dulce y amoroso Verbo cuando tomó nuestra humanidad. Con esta humanidad unida a la divinidad, emitiendo un dulce sonido sobre la cruz, prendió al Hijo del género humano, cogió al demonio, al que quitó el señorío que por el pecado había ejercido durante tanto tiempo. Todos vosotros aprendéis de este Maestro a emitir este sonido».

6º. Revisten asimismo gran interés los rasgos morales que definen la actuación del médico. Cristo, «el gran Médico del mundo»<sup>45</sup>, cuya Sangre es «la medicina que diste al género humano enfermo» (*Diál.* 389) con el fin de «curaros y daros vida a vosotros, niños débiles a causa del pecado» (*Ibid.* 221), es el modelo donde hay que mirarse a la hora de ejercer el arte de sanar:

- El médico debe identificarse siempre con el enfermo por amor, padecer con él y hacerse cargo de su mal, como la nodriza «que toma la medicina en lugar del niño» por ser éste incapaz de superar este trance (*Diál.* 221), y tener como modelo el misterio de la Encarnación: «Cuando el mundo estaba enfermo, tú le mandaste a tu unigénito Hijo como Médico, y lo hiciste sólo por amor» (*Elevaciones*, XVI, 607). Luego añade:

«Tú, Médico sumo, nos has dado el Verbo con el cebo de la humanidad. Has cogido en él al hombre no en virtud de la humanidad, sino de la divinidad. Haciéndote pequeño, has hecho grande al hombre. Saturado de oprobios, le has llenado de bienaventuranza. Sufriendo hambre, le has saciado de los efectos de tu caridad. Despojándote de la vida, lo has vestido de la gracia. Cubierto de vergüenza, le has dado honor. Oscurecido tú en cuanto a la humanidad, le has dado a él la luz. Extendido tú sobre la cruz, le has abrazado y has hecho una caverna en tu costado en la que pudiese tener refugio contra sus enemigos. En esta caverna puede conocer tu caridad, pues con ella muestras que has querido dar cuanto podías».

- El médico «justo y verdadero» debe proveer «hasta el menor detalle» las necesidades del enfermo, y tener en cuenta las exigencias de su anómala situación, «para devolverle una perfecta salud o conservarle en ella» (*Ibid.* 468) y sin caer en la tentación de huir de las «graves enfermedades» (*Ibid.* 551).

7º. Por último, está convencida de que se puede «dar la vida por el amor de la Vida» (*Elevaciones*, 510) a imitación de Cristo, y poniendo así de relieve que la propia vida no es un valor absoluto. La salvación de las almas, el bien material de los pobres y la necesidad de reformar la Iglesia son las razones que lo justifican: «exponiendo mil veces,

---

<sup>45</sup> «Y ¿cuándo he podido alcanzar el efecto de tu caridad, a la que mientras vivo en el cuerpo mortal no puedo llegar con los bienaventurados?... ¿Cuándo conoce mi alma la llegada de ese tiempo? Cuando vino el gran Médico del mundo, es decir, tu Hijo unigénito» (*Elevaciones*, XVI, 605).

si fuese posible, la vida del cuerpo por la salvación de las almas; sufriendo penas y tormentos para que tenga la vida de la gracia y arriesgando sus bienes temporales para socorrer las necesidades materiales de su prójimo» (*Ibid.* 202)<sup>46</sup>.

### 3. SAN VICENTE FERRER (1350-1419)

Suele ser considerado como la figura más importante de la orden dominicana durante los siglos XIV y XV. Realizó sus estudios en Barcelona y Toulouse, enseñó luego teología durante varios años y, tras renunciar a la cátedra, en el año 1391, dedicó el resto de sus días a varias tareas diplomáticas a favor del papa y, sobre todo, a la predicación como misionero itinerante, aspecto este en el que ejerció una extraordinaria influencia.

Tomista convencido, convirtió el ideal dominicano de “*contemplata aliis tradere*” en el ideal de su vocación, procurando siempre proyectar su doctrina en el momento que le tocó vivir. Los *Sermones*<sup>47</sup> constituyen una importante fuente para conocer el alcance que tenía la valoración de la vida humana en la educación moral de aquel tiempo y, también, el modo de solucionar los problemas éticos relacionados con ella.

#### 3.1. Significado y función de la teología moral

La teología es una forma de sabiduría superior a la que otorga la ciencia. Ésta conduce al «conocimiento verdadero de Dios y de las criaturas», pero aquella le añade «sabor de devoción» (*Serm.* 693)<sup>48</sup>, atribuyendo este significado al sentido etimológico del término sabiduría como «ciencia sabrosa», inspirándose en Eclo.6, 22 («la sabiduría hace honor a su nombre...»). En otras palabras, quienes se dedican a la teología o a cualquier otra ciencia, pero «no sienten el sabor de la devoción y dulzura espiritual en su corazón», solamente llegan a ser «científicos y no sabios» (*Serm.* 693.710). En sentido estricto, sin embargo, la teología significa «tratado divino sobre Dios», orientado preferentemente al servicio de la predicación (*Serm.* 698):

«Tratado o palabra significa aquí predicación. Cuando la criatura posee la vida santa, manifiesta a los demás la verdad del Creador y de las criaturas, no sólo enseñando de palabra, sino también cumpliendo por obra lo que predica. De tal modo que no sólo puede decir: “Id al paraíso”, sino “Venid conmigo”, “Seguid mis obras”. Pues, así como un pintor excelente no instruye al joven de palabra solamente, sino obrando con sus manos y delineando, esto mismo debe hacer el buen

---

<sup>46</sup> Y lo mismo dice respecto a su propia vida: «Te ofrezco mi vida de ahora en adelante cuando a ti te plazca y te la doy para tu gloria, rogándote todavía con humildad, por la virtud de tu pasión, que limpies y barras todos los vicios antiguos de tu Esposa (refiriéndose la Iglesia) ...» (*Elevaciones*, XXIII, 618)

<sup>47</sup> Además de los Sermones hemos utilizado otras obras suyas en *Biografía y escritos*, según la edición bilingüe de J.M. de Garganta y V. Forcada, Madrid, 1956. Para mayor información, véase E. VILANOVA, *Historia de la teología cristiana*, I, Barcelona, 1987, 925-931 y A. OLIVER, “Teólogos y hombres de ciencia”, en R. GARCÍA-VILLOSLADA (ed.), *Historia de la Iglesia en España*, II-2º, Madrid, 1979, 233-236.

<sup>48</sup> Los números citados en cada *Sermón* corresponden a las páginas de la edición que utilizamos

teólogo... pues la predicación, a modo de aguade la ciencia divina...como la lluvia, hace que fructifiquen las buenas obras y méritos».

Entre todos los saberes, la teología equivale a una «corona de oro grabada con el signo de la santidad» (*Serm.* 628), porque su objeto es «la Biblia y los escritos de los doctores aprobados por la Iglesia». Al mismo tiempo, «no tiene fuerza si no está sellada con la señal de la santidad, de la vida buena» (*Ibid.*). El resto de coronas son de plomo, hierro y plata (poesía, filosofía y retórica).

No hay ninguna mención explícita sobre la teología moral, pero nos parece que va incluida en los comentarios acerca de las distintas clases de ciencia. Por una parte, está la ciencia **especulativa**, o sea, la que «consiste en conocer intelectualmente el bien y el mal, en discernir la verdad de la falsedad, la virtud del error» (*Serm.* 696) y, por otra parte, está la ciencia **práctica** de la que ofrece tres definiciones:

- ✓ «Consiste en que la ciencia especulativa descienda al corazón por la devoción y el sabor y llegue a la vida mediante una sana conducta».
- ✓ Consiste en saber vivir moralmente, esto es, lo que hay que creer, hacer y decir: creer los doce artículos de la fe, practicar los diez mandamientos de la ley de Dios, decir el Padrenuestro, etc.».
- ✓ «La moral enseña cómo se ha de vivir según las cuatro virtudes morales en orden a sí mismo y en orden al prójimo, en la prosperidad y en la adversidad».

Así pues, la moral forma parte de un solo cuerpo teológico, pero es un «saber» de tipo práctico («hacer... practicar»), que enseña cómo se debe «vivir» la fe. Los principios básicos que estructuran la moral como saber práctico son los siguientes:

1º. Ante todo, **vivir** conforme a la imagen del Hijo de Dios, que es la misma vida de Cristo: «De esta imagen de la vida de Cristo deben tomar los cristianos el modelo, copiando su vida con buenas obras», como dice san Pablo en 2 Cor.3, 18 (*Serm.* 659). Por eso Cristo es «el libro de la vida» (*Ibid.* 614) y «el principio fontal de toda santidad y perfección» (*Ibid.* 649).

2º. Luego, la **caridad** como primera virtud que se compendia en el «amor y devoción a Dios sobre todas las cosas» y «en amar al prójimo por Dios» (*Serm.* 631-32)<sup>49</sup>.

3º. La recta **intención** es también «lo primero que Dios mira en todas nuestras obras», puesto que «si alguien hiciera todos los bienes de este mundo sin recta intención, no tendrá mérito alguno» (*Serm.* 607-608). Y la rectitud de intención está a su vez íntimamente asociada con la finalidad de los actos morales, dado que «la esencia de la bondad o malicia (de los actos) la da el fin» (*Ibid.* 678)<sup>50</sup>.

---

<sup>49</sup> Recuérdese lo relativo a la caridad como «forma de todas las virtudes» según Tomás de Aquino: *Summa Theologiae*, II, q.23, a.7-8 y q.184, a.1.

<sup>50</sup> La inspiración tomista de tal enfoque teleológico parece evidente, pues cita en su apoyo la *Summa Theologiae*, I-II, q.18, a.4 y la siguiente máxima del «Filósofo» (seguramente Aristóteles): «Lo primero en la intención es lo último en la ejecución, y viceversa» (*Serm.*714).

4º. Reviste un particular interés la reflexión que hace en su *Tratado del cisma moderno* (III, 457) sobre la obligatoriedad de los **preceptos** de la ley moral<sup>51</sup>:

«Los *negativos*, al prohibir los actos pecaminosos, que son de suyo malos, nos obligan siempre, para siempre y en todo lugar; los afirmativos, al inducirnos a los actos de virtud, que requieren siempre circunstancias oportunas, no nos obligan siempre y en todo lugar, ni de todos modos, sino cuando se dan las circunstancias debidas, exigidas por el fin».

San Vicente explica la obligación de los «afirmativos» refiriéndose a «la información y defensa de la verdad», cuando tiene como fin «el mejoramiento del prójimo». Pero, si en vez de mejorar se previera su daño o empeoramiento, sería «un acto de caridad» y un ejercicio de «prudencia y virtud» omitir ese deber moral<sup>52</sup>. El discernimiento de esta situación consiste en evaluar su «necesidad o utilidad» respecto al bien del prójimo.

### 3.2. Valor y sentido de la vida humana

San Vicente entiende la vida humana como una realidad compuesta de varias dimensiones: natural, de gracia y de gloria, a las que califica respectivamente de buena, mejor y óptima. Prescindiremos de esta última.

#### 3.2.1. La vida natural

Es la vida temporal que se pierde por la muerte, «perdura mientras el alma está substancialmente unida al cuerpo; es buena, porque es efecto y criatura de Dios» (*Serm.* 670). Lo justifica citando a 1 Tim.4, 4: «Toda criatura de Dios es buena, y nada hay reprobable». Conforme a los postulados antropológicos de la época asegura que «la filiación humana proviene del alma racional», aplicándolo a la vida del *nasciturus* en los siguientes términos: «el feto no tiene razón de filiación humana hasta que se le infunde el alma racional, que completa la vida humana y le da el ser específico» (*Ibid.* 642).

El sentido de las criaturas corporales, incluida su dimensión física, consiste en «representar y figurar» las cosas espirituales e invisibles. La creación entera viene a ser como un icono vivo de Dios, «pintor excelentísimo que pinta este mundo como un lienzo lleno de figuras que le representan» (*Serm.* 685). Apoyándose en Rom.1, 20-21 («lo invisible de Dios...se deja ver a la inteligencia a través de sus obras...»), san Vicente reafirma el significado teológico del universo material en cuanto mediación y punto de encuentro para conocer a Dios. El valor de la vida natural adquiere aún más densidad por el fin que ha recibido: dejar «pasar la imagen» que representa «sin bañarla en su propio color» (*Ibid.* 685).

---

<sup>51</sup> Refuerza su exposición citando de nuevo la *Summa Theologiae*, II-II, q.33, a.2

<sup>52</sup> Es muy clara la explicación de san Vicente sobre lo que hoy llamamos “principio de excepción”.

Finalmente, esta vida natural no tiene valor absoluto: «Dar la vida en defensa del prójimo, exponiéndose a la muerte por su causa» o «morir con Cristo en el servicio de Dios», representa el grado supremo de la caridad (Jn.15, 13) y una manera de poner en práctica la «buena intención» que, según Fil.1, 20.21 («...para mí la vida es Cristo...») debe orientar continuamente la existencia (*Serm.* 632.634).

### **3.2.2. La vida de la gracia y la vida activa**

Lo único que llena de significado y de contenido a la vida es la gracia, que «consiste en la unión del alma con Dios» (*Serm.* 670). Por ser «el alma más noble que el cuerpo» (*Ibid.* 667), la gracia «ilumina el entendimiento para creer firmemente; gobierna todos los miembros del cuerpo para obrar meritoriamente» (*Ibid.* 670). En definitiva, el hombre entero queda transformado y, a la vez, situado dentro de las coordenadas donde desarrolla su verdadera moralidad. Desde ese momento, la tarea del cristiano se reduce a vivir conforme al «modelo» de Cristo.

Sin embargo, la vida de la gracia debe plasmarse objetivamente en la vida activa, o sea, en «hacer obras provechosas y útiles al prójimo, por amor de Dios y del prójimo» (*Serm.* 678). El fundamento de la actuación moral recibe en este caso una clara influencia tomista: «En la realización de estas obras concurren cuatro causas: *Eficiente*, Dios y el libre albedrío del hombre; *material*, las obras de misericordia para con el prójimo; *formal*, que es la que da la perfección; y *final*, que es el orden que dicen a Dios, o sea, la debida intención: que se hagan por amor a Dios y no por vanagloria ni por utilidad o alabanza personal...» (*Ibid.* 678).

### **3.2.3. La protección de la vida**

Es uno de los principales compromisos de la auténtica caridad, como se acaba de decir, y se concreta en los siguientes deberes morales (*Serm.* 632):

- ✓ Procurar «el honor y el bienestar del prójimo».
- ✓ Servirle, trabajar y asociarse con él con la propia «ayuda corporal».
- ✓ «Socorrerle con bienes temporales, mediante las siete obras de misericordia<sup>53</sup>: dando de comer al pobre y de beber al sediento».
- ✓ Y hasta «dar la vida en defensa del prójimo, exponiéndose a la muerte por su causa, contra las injurias, persecuciones y vejaciones».

La justificación teológica de este comportamiento es doble: por un lado, el texto de Mt.25, 35-40, donde se pone de manifiesto que Dios «acepta este servicio como hecho

---

<sup>53</sup> Como dice en otro lugar, «las obras de misericordia corporales se ordenan a la utilidad del cuerpo» (*Serm.* 678). Ello está en consonancia con la catequesis que se practicaba entonces, como hemos dicho en el epígrafe “predicación y catequesis”, del cap. II de esta 2ª parte, páginas 14-15.

a Sí mismo» y, por otro lado, la autoridad de san Ambrosio quien dice expresamente: «*Da de comer al que muere de hambre; si no le dieres de comer, lo has matado*»<sup>54</sup>.

El objetivo preferente de este compromiso moral son los cautivos, los pobres vergonzantes, los huérfanos y desamparados (*Serm.* 681). En definitiva, los pobres, a quienes de un modo singular les corresponde el calificativo de «hijos de Dios» (*Ibid.* 679) y el de «expresa imagen de Cristo», como dice en otro lugar<sup>55</sup>. Quizá por esa razón san Vicente califica de «peligroso, criminoso y odioso» el oficio de los usureros (*Ibid.* 654-655).

### 3.2.4. Algunos problemas particulares

En primer lugar, está el problema de la violencia bélica. «Las guerras son obra del diablo... que destruyó Cristo» (*Serm.* 661) y todos los que le siguen están llamados a continuar esa misma tarea: anunciar «el fin de la guerra y la paz futura» (*Ibid.*)

La moralidad de la **guerra justa** depende de la recta intención, que se traduce en «la defensa de la república... el amor y respeto divino y la verdadera justicia» (*Serm.* 607). Los soldados que actúan así «hacen una gran obra», reciben el nombre de «bienaventurados... son gloriosos entre los mártires» si mueren por esa causa. Lo mismo sucede cuando perdonan «las injurias y a los enemigos» (*Ibid.*). En cambio, si se hace «por vanidad... por amor a su señor o a las riquezas» (*Ibid.*), entonces predomina «la intención necia... se pierde todo bien» y la guerra se vuelve inmoral. Estamos de nuevo ante el “espíritu humanitario” cuyos criterios de discernimiento giraban en torno al “*animus*” o “*ius in bello*”<sup>56</sup>.

Sin embargo, hay que incluir aquí una importante matización a lo que hemos dicho en otro lugar sobre la licitud de la **guerra por motivos religiosos**<sup>57</sup>. No es nada fácil separar aquellas afirmaciones de las que ahora vamos a recoger, pero, en cualquier caso, nos parece que san Vicente hace una distinción entre el campo jurídico y el teológico. La lucha armada podría estar justificada por razones jurídicas, como serían las relacionadas con la defensa de los derechos del papa legítimo, pero nunca lo estaría para «demostrar la verdad de la fe» (*Tratado del cisma moderno*, 455). Exponerse a la muerte con esta última finalidad **jamás tiene excusa**, salvo por expresa prescripción divina, equivale a un puro homicidio y a una infidelidad contra el mismo Dios (*Ibid.*):

«Algunos, arrebatados por el espíritu de presunción, dicen incorrectamente que la verdad de la Iglesia hay que defenderla exponiéndose el hombre al peligro de la muerte, esto es, lanzarse al fuego, pelear en duelo, o en otros peligros y pruebas, esperando un milagro. Pero, según san Agustín, quienquiera que se expone a la muerte para demostrar la verdadera fe, comete doble pecado mortal: un homicidio, entregándose a la muerte, y una infidelidad, tentando a Dios. De

---

<sup>54</sup> Esta cita recogida por san Vicente en su *Tratado del cisma moderno*, 451, y atribuida a san Ambrosio, ya la hemos vista citada también por san Buenaventura en el cap. III de esta 2ª parte, página 27.

<sup>55</sup> *Tratado de vida espiritual*, 536.

<sup>56</sup> Véase lo dicho al respecto en las páginas 16-18 del cap. I de esta 2ª parte.

<sup>57</sup> Véase la página 29 del cap. I de esta 2ª parte, donde se reproduce un texto literal de san Vicente Ferrer.

estos pecados nadie pudo nunca excusarse, a no ser que lo hiciera impulsado por el Espíritu Santo, como se lee de algunos santos».

También resulta problemática su relación con los “**flagelantes**”<sup>58</sup>. Dejando a un lado la cuestión histórica, es cierto que san Vicente habla con una llamativa frecuencia sobre la necesidad de practicar una rigurosa penitencia física:

- ✓ Justificaba esta práctica basándose en la conocida superioridad del alma, «más noble que el cuerpo», y en el impedimento que éste supone para ver las «cosas espirituales». También se apoyaba en la necesidad de identificarse con Cristo crucificado, convirtiendo así la penitencia en requisito soteriológico, es decir, una «aflicción en la que debemos morir si queremos salvarnos» (*Serm.* 646).
- ✓ El nombre de «flagelantes» aparece expresamente citado en un sermón sobre san Bartolomé, donde el predicador exalta el significado del tormento «si queremos entrar en el paraíso» (*Serm.* 653). Sirviéndose de 2 Tim.3, 12 y Gál.5, 24, invitaba a sus oyentes a seguir el ejemplo de aquel mártir, diciendo: «hemos de ser golpeados con varas... es necesario que seamos crucificados... seremos despellejados... es necesario ser decapitados» (*Ibid.*)

## Resumen

Los tres autores que hemos estudiado coinciden en entender la vida física como un lugar de tránsito hacia la eternidad y al servicio de la dimensión espiritual del ser humano. La vida del cuerpo es «buena» porque ha sido creada por Dios, pero la vida del espíritu o alma es «mejor» porque ofrece a todo hombre la posibilidad de convertirse en su morada. En conclusión, puede decirse lo siguiente:

- La vida tiene un valor propio, cuyo fundamento reside en la alteridad o reciprocidad con que sea desarrollada por su protagonista en tres direcciones inseparables: hacia Dios, sin el que nada vive; hacia el prójimo, sin el que es imposible comprobar la autenticidad de lo anterior; y hacia la naturaleza, sin la que carecería de casa u hogar la misma vida.

- El hecho de vivir es una realidad existencial mucho más profunda que la pura dimensión biológica. Es un camino hacia la plenitud y, por ello, su sentido ético y moral depende del grado de amor al prójimo, como mediación del amor a Dios, y del grado de respeto y compromiso con toda la creación.

- La vida del entorno natural y de todo el cosmos es un regalo de Dios, una manifestación sacramental de su presencia, una casa común de todos los vivientes. El hombre tiene derecho de dominio sobre ella, pero jamás de destrucción; tiene derecho de uso, pero jamás de abuso. La única ley que puede imponer es la del amor porque, si no lo hace así, tampoco se comporta como ser humano ni humaniza la vida. Quien sea capaz de

---

<sup>58</sup> El movimiento de los “flagelantes” tuvo una enorme difusión en tiempos de san Vicente. Hemos dicho algo sobre ellos en las páginas 24-25 del cap. II de la 1ª parte



enamorarse todo lo viviente (san Francisco de Asís, por ejemplo) será también capaz de «cantar» la fraternidad y solidaridad de toda la vida universal.